



AVENTURA DE LOS LEONES.

EL ALFILER.

I.

El día primero de diciembre de 1812, era ya bastante entrada la noche, cuando uno de los principales comerciantes de París, en vez de entregarse al descanso como lo tenía de costumbre, mandó que se pudiesen luces en su biblioteca y que se dijera á su hijo que fuese allí á verle. Era tal el arreglo de esta casa, que el día de hoy se asemejaba enteramente al de ayer; todo se hacia con una puntualidad tan uniforme y periódica, que esta variacion de los antiguos usos, era casi un acontecimiento que al punto se hizo saber á la dueña de la casa. Dirigirse á la biblioteca fue su primer cuidado; pero luego que su marido habia mandado y no rogado: que habia dicho á su criado viejo: *tú hardás, y no had-me el favor*, infirió que se trataba de alguna seria amonestacion y se abstuvo de presentarse, dejando obrar á la severidad paternal, para proporcionar al día siguiente el dulce consuelo y los socorros propios de la indulgencia maternal.

Se iluminó la biblioteca: la familia podia juzgar por la sombra que de ventana en ventana

se proyectaba que el amo se paseaba, y el que hubiera podido mirarle en su cuarto, le habria visto acercarse á la luz y leer en diversos intervalos una carta, cuyo sobrescrito llevaba el sello ministerial. El anciano, porque la blancura de sus cabellos permitia llamarle así, estaba triste y pensativo: de vez en cuando se pasaba la mano por la frente como si tratase de desechar penosos pensamientos. Despues se detenía delante de los estantes de su biblioteca, y sin distinguir los titulos de los libros, los alineaba sobre las tablillas, abriendo uno y colocándolo luego en su lugar, restableciendo el orden de los números donde se hallaba invertido, haciendo maquinalmente todo lo que de ordinario allí hacia; mas entregado á una profunda meditacion no pensaba en que existiese nada en el mundo.

Un ruido sordo semejante al que se causa al cerrar una puerta se oyó al fin, y pocos minutos despues entró un jóven en la biblioteca. Caminaba tan pausadamente, y el anciano se hallaba tan absorto en sus reflexiones, que pasaron algunos momentos antes que echase de ver la presencia del recién venido. Quizá hubiera esperado largo tiempo sino se hubiera decidido á pronunciar algunas palabras y aun se habria podido presumir á juzgar por su semblante que una con-

versacion á aquella hora no era de su gusto

— Me llamis, padre mio, dijo al cabo.

— Si, hijo mio, respondió el padre, precisamente te esperaba.

Sobrevino una pausa tal como si le hubiera sido preciso al anciano recoger sus ideas ó hubiese estado todavia indeciso acerca de lo que habia de decir.

— Tal vez me reprendereis porque he vuelto á mi casa un poco tarde; pero es que....

— No, no, dijo el anciano, ójala se limitase á eso. Por tan poca cosa no te hubiera molestado; lo que tengo que decirte exige que estemos solos.

Esta entrada hubiera confundido al jóven y le habria hecho tener una severa reprension, á no haber notado en la voz de su padre mas dulzura que la que tenía de costumbre, y cierta especie de emocion que no le era habitual.

— Oyeme, Alfredo: has cumplido veinte años! Hasta ahora has consagrado tu vida á tus estudios y placeres. Pues bien, hijo mio, ha llegado la época de abandonarlos. En otro tiempo á tu edad no se pensaba sino en el juego ó en la clase; tú sabes que entonces cada dia no traia una nueva mudanza. Se sabia la víspera lo que podia hacerse al día siguiente.

La juventud pasaba rápida, brillante y sentida se arribaba á la edad madura por medio de un camino sembrado de placeres. Pero hoy, querido Alfredo, todo es muy diferente. Nadie es árbitro de su suerte ni de la de sus hijos.

Y no pudo el anciano pronunciar esta última palabra sin que se notase en su voz una profunda emoción que procuraba reprimir.

— Oh, Dios mío! continuó después de un momento de silencio ¡en que época me has hecho nacer! ¡Que pague yo tan cara la tranquila felicidad que he disfrutado en mi infancia y en mi juventud! Dirán que no era uno libre en aquel tiempo; pero si lo era para ser dichoso y cuidar á sus hijos para sí y cerca de sí. Hé aquí la verdadera libertad. ¡Qué me importa á mi la otra! Una libertad que no he vislumbrado sino al través de las escenas de horror y de sangre; hermoso reino de la libertad sería por cierto aquel bajo el cual hubiera de temblar cada día por la vida de aquellos á quienes amase tanto! Oh, Dios mío, Alfredo, si, abrazaría por la mañana á sus amigos y le lloraría por la tarde. El beso paternal podía ser siempre el último. Después ha llegado esta época de gloria; pero esta gloria es hija de la libertad en la apariencia, porque también se adquiere á costa de sangre, y quién sabe, hijo mío, si el beso que yo te dé será el último.

El joven escuchaba sin comprender nada, presentía una desgracia, mas no podía determinar cuál fuese.

— ¿Tengo, pues, que temer por vos, padre mío?

— Ah, no... temo por tí.

El joven levantó las manos como para dar gracias al cielo, sus ojos dieron muestras de una dulce satisfacción y vertió dos lágrimas. El anciano las vió correr, tendió los brazos y el hijo se precipitó á ellos.

Este tierno abrazo les calmó un poco.

— Alfredo, prosiguió el anciano, tú apenas puedes comprenderme, porque lo que me sucede es tan espantoso que con dificultad podré ordenar mis ideas. Con poco mas me hubiera vuelto loco. Préstame bastante atención. La guerra me ha arrebatado ya á tu hermano mayor, noble joven, que ha querido tener su parte de gloria, y que me ha proporcionado á mí una no muy pequeña de amargura y de dolor... Llamen á esto pagar su deuda al país... Si á lo menos fuera para el país... pero no se trata mas que de satisfacer la ambición de uno sólo... Cuán cara cuesta á la humanidad la existencia de un grande hombre!... Tú me quedas, tú, Alfredo, me consolaba con velar por tu vida; te he rescatado con la sangre de tu hermano y con las lágrimas de tu madre. Yo no hablo de los mil luses que te di para hacerte reemplazar. Aquella cantidad era seguramente muy poca cosa. Pues bien, hijo mío, hoy no se tienen en cuenta estos sacrificios.

— Cómo, padre mío!... y la ley?

— Ah! ¿crees en ella aun? ¿Dónde está la ley? El decreto de hoy no derogó al de ayer? ¿el senado no está autorizado para sancionar todos los alistamientos y todas las contribuciones? se forman códigos, se organiza la hacienda y se prodigan los hombres; la juventud es metódicamente segada! El corazón de los padres se destroza... El anciano estuvo callado algun rato. Alfredo experimentaba una profunda emoción, se esforzaba para hablar, pero una mano de plomo le apretaba la garganta, por lo cual no hizo mas que tartamudear. ¡Pobre joven! Procuraba en medio de su convulsiva agitación que su padre se calmase.

— Alfredo; querido hijo, mi único hijo, no porque seas tú solo el que me ha dado el cielo, sino por ser el que me queda al presente, ya te lo he dicho, en vano son todos nuestros sacrificios. No se puede invocar de nuevo la conscripción contra tí, pero el genio de su horrible gloria es abundante en recursos; han imaginado atraer á los hijos de familia con el honor de los combates, tratan de formar un batallón sagrado, un cuerpo de preferencia, como si las balas perdiesen su fuerza delante de las categorías. Tengo amigos en el ministerio de la Guerra, buenos amigos, he recibido el aviso secreto de que dentro de pocos días se decretaría la formación de un ejército de guardias de honor: útil será el poder del oro, hijo mío, yo mismo, yo, tu anciano padre, no seré admitido en tu lugar. Llámase á esto una profunda política.

— Bien, dijo el joven con tono decisivo, partiré presto que es necesario. Tendré quizá que llorarle, padre mío, pero jamás tendréis peur que avergonzaros.

— Y tu madre, hijo, y tu madre? No será menester un combate, ni una bala para privarla de la vida. ¡Quédate con nosotros, Alfredo, quédate con nosotros!

El joven nada comprendió; y mirando con atención á su padre, esperaba con ansiedad que le explicase sus últimas palabras.

— Si, quédate, tú puedes complacernos, tú puedes si quieres. Estoy informado. Podemos evitar el golpe que nos amenaza; pero el tiempo urge, y debemos tomar esta noche misma un partido.

— Me parece que os entiendo, padre mío, queiréis que huya... mas esto sería pasar por un cobarde, esto sería envileceros.

— No, hijo mío, no, no es eso; escúchame. Pero desde luego ¡regúntate á tí mismo, si hubiese un medio de salvarte... ó mejor dicho de salvar á tu madre, y ese medio fuese tan honroso como seguro le despreciarías?

— Oh! no, lo juro, padre mío. Y enternecido añadió en voz baja, yo te lo juro, buena madre.

— ¡Pues bien, Alfredo, voy á explicarte el secreto. Únicamente se trata de apresurarse un poco. El nuevo decreto no comprende á los padres de familia. Conviene que te cases.

— Casarme, padre mío, casarme, pero soy tan joven... no tengo mas que veinte años.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

En Valencia debían comenzar el día 5 del corriente las funciones dramáticas. Parece que la empresa de aquel teatro se ha preparado con tiempo para que al público nada quede que desear. Esto lo dicen todas las empresas á todos los públicos del mundo en todos los principios de temporada.

MUSEO MUSICAL.

AL PÚBLICO.

La idea de crear un Museo Musical, donde se enseñe la música con ventajas y resultados positivos, donde se forme un plantel de jóvenes que hagan honor á su país, tomando parte en las funciones líricas de las sociedades é institutos

filarmónicos del reino, ó ingresando en el personal de las compañías de ópera; esta idea, repetimos, desenvuelta en las voces que acompañan, es nuestra, y solo nuestra. No se crea que tratamos de imitar á nadie: si ha habido alguna persona que nos haya precedido en la instalación de una escuela de música, iniciada estaba esta misma persona en nuestro plan; y si en pocos días ha podido vencer por sí las grandes dificultades que indispensablemente ocurren al plantear sólidamente una enseñanza que abrace las bases que la nuestra, él lo sabrá, pues él solo es el responsable de sus actos. Nosotros solo queremos quede consignado, que nadie nos ha precedido en un pensamiento, cuyo desarrollo necesitaba mucha meditación y mucha mas seguridad en los medios de plantearlo y llevarlo á cabo cumplidamente.

El cultivo de la música en nuestros días ha llegado á ser una necesidad para la juventud, y el mas bello adorno de los hombres en sociedad. Los descubrimientos que hasta el día se han hecho en la música son de una importancia tal, que causa asombro verdaderamente el pensar que en seis meses aprenda un discípulo lo que tal vez en dos años no aprendía antes. La enseñanza musical ha recibido grande impulso en las naciones civilizadas de Europa; en las escuelas gratuitas ó de caridad se enseña el alfabeto musical al mismo tiempo que el de la lengua propia de cada país; porque un niño recibe por medio de la influencia musical, impresiones dulces y sentimientos generosos, y á medida que crece en edad y conocimientos, su alma se eleva á la altura que conviene á un ser racional, humano é ilustrado. ¿Por qué en nuestra España no ha de poderse plantear una enseñanza mutua que generalice, que difunda las luces del mas encauzador de las artes hasta en las clases menos acomodadas de nuestra sociedad? Pensamiento es este que me ha ocupado y ocupa diariamente la imaginación, impeliéndome á investigar todos cuantos conocimientos son necesarios para darle la latitud y aplicación que reclama. Hoy día me lanzo á la arena pública con el corazón mas puro, con los deseos mas ardientes de proporcionar á mis conciudadanos todas las ventajas imaginables para que puedan dar á sus hijos una carrera artística llena de gloria, á la par que una educación musical completa, que esté en armonía con sus deseos y con sus intereses pecuniarios.

El Museo Musical será la reunión de una juventud estudiosa y fina, siendo útiles á sí mismos y á su patria. Instigado diariamente por algunos padres de familia, me he decidido á plantear un curso de enseñanza musical simultánea, cuyas bases que se dan á continuación, son una garantía de los deseos que animan al que sobre sus débiles hombros ha tomado tamaña responsabilidad. Adiestrado por veinte años de enseñanza, y habiendo obtenido algunos resultados favorables en varios establecimientos artísticos, creo que sin que en esta parte se me censure de amor propio, corresponderé con todas mis fuerzas á la confianza que en mí depositasen los padres de familia, ofreciéndoles garantías que dentro de seis meses verán realizadas.

Este plan está revisado por sabios maestros, los mismos que me han decidido á ponerlo en planta, pues lo consideran de la mayor utilidad para la enseñanza y adelantos rápidos de nuestros jóvenes. Dichoso me consideraré si los buenos resultados coronan los desvelos del que solo aspira al aprecio de sus conciudadanos.

(Continuará.)

TEATROS.

CRUZ.

A las 8 de la noche.
Se dará principio con una sinfonía á la que seguirá la comedia nueva original, en verso, y en dos actos titulada.
IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.

PERSONAJES.	ACTORES.
Doña Maria...	Sras. Perez.
Doña Concha...	Lapaerta.
Don Clemente...	Srs. Lumbia.
Don Cipriano...	Caltañ. (D. V.)
Don Facundo...	Lumbreras.

Don Lorenzo... Aznar
Una voz... Caltañ. (D. H.)
Seguirá la comedia tambien nueva y nueva y original en prosa, en dos actos con el título de

¿SI ACABARAN LOS ENREDOS?
PERSONAJES. ACTORES.
Enriqueta... Sras. Tabela
Isabel... Sampelayo.
Doña Luisa... Castillo.
Don Rulo... Sres. Lom. yiq
Don Eugenio... Alvera.
Don Carlos... Caltañ. (D. V.)
Don Florencio... Aznar.

Dando al espectáculo con un escogido baile nacional.

PRINCIPE.

A las ocho de la noche.
1.º Brillante sinfonía á toda orquesta.
2.º Se pondrá en escena la siempre aplaudida comedia de gracioso, en tres actos, titulada.
EL HECHIZADO POR FUERZA.
En la que el primer actor don Antonio de Guzman desempeñará el principal papel.
3.º La Inglesa, paso bailable desem-

peñado por los niños doña Petra Padilla, doña Sabina Moreno, doña Francisca Prieto, don Angel, don Antonio y don Andres Estrella.

4.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

CIRCO.

A las ocho de la noche.
LA SILFIDE.
Gran baile en dos actos.

IMPRESA DE BOIX.